

REVOLUCIÓN Y AUTODETERMINACIÓN EN EL CUERNO DE ÁFRICA

GIAMPAOLO CALCHI NOVATI

La crisis en el así llamado Cuerno de África¹ representó un momento importante para el equilibrio del continente e incluso de las relaciones Estados Unidos-Unión Soviética. La crisis fue y (sigue siendo) explosiva porque es la suma de diversas tensiones, dotada cada una de ellas de una lógica y un desarrollo propios. Por otra parte ciertos conflictos en el Cuerno pueden ser considerados como de alcance general para toda África (lo cual no sólo es cierto en el caso de las relaciones este-oeste sino que lo es también en lo que se refiere al surgimiento de reivindicaciones a nivel nacional). En efecto, a diversos niveles, convergen y entran en conflicto impulsos revolucionarios, movimientos centrífugos, rivalidades de tipo clásico entre estados, los últimos contragolpes de la descolonización y naturalmente la lucha de influencias de las grandes potencias. En el centro de todas las combinaciones parece estar Etiopía. El proceso de desintegración en la etapa de la sucesión a Haile Selassie podía preverse fácilmente pero el ritmo que le impuso el régimen militar, el cual ha recogido y acelerado aquel proceso, ha producido una reacción en cadena que fue más allá de todas las previsiones.

Obviamente Etiopía no carecía de problemas aun durante el régimen imperial; se hablaba justamente de un "caos congelado". Pero el país no constituía lo que en tér-

¹ Cuerno de África se llama exactamente la región nor-oriental correspondiente a los estados de Etiopía, Somalia y Jibuti. El Cuerno no se confunde con el África Oriental, sobre todo en la expresión East África debería corresponder a la región de Tanzania, Kenia y Uganda.

minos actuales consideraríamos un elemento perturbador. Por el contrario, era un punto de referencia para una concepción conservadora (y por lo tanto en apariencia "estable") de la unidad africana. Y esto en virtud de los méritos de Haile Selassie en los procedimientos que llevaron a la fundación de la Organización de la Unidad Africana (OUA) y en virtud del hecho de que Addis Abeba era la sede de la OUA. Lo mismo podemos decir de las relaciones entre Somalia y Etiopía, protagonistas ya en febrero de 1964 de una breve guerra de tipo convencional.² Por otra parte el movimiento eritreo, en un primer momento autonomista y después secesionista, viene actuando desde hace más de diez años. Sin embargo, las proporciones y las implicaciones han variado una vez más debido a la naturaleza del proceso de transición en Etiopía. Entonces ¿es la revolución etíope el factor real de desestabilización del Cuerno de África? ¿Y por qué?

La revolución en Etiopía iba madurando en los primeros meses de 1974. Sin embargo, no fue la simple crisis de sucesión (cuando Haile Selassie aún reinaba pero iba siendo paulatinamente despojado del poder por los militares) la que descompaginó el orden precedente. El irredentismo eritreo estaba en el fondo de la cuestión. Somalia renunció a sacar provecho de las dificultades etíopes (en muchos lugares se elogió esa "prueba de responsabilidad"); se establecieron incluso intercambios que dieron la impresión de una disponibilidad de las dos partes (sobre todo de Somalia que se hallaba en la posición de "reivindicador") en cuanto a anteponer una posible solidaridad ideológica a las rivalidades nacionales. La "ruptura" se produjo cuando el régimen etíope invocó con cada vez mayor decisión la opción socialista y sobre todo cuando Etiopía, tradicional pivote de la política americana en África, demostró querer y

² La guerra puso a prueba la capacidad de mediación de la OUA que tuvo que servir de árbitro en un conflicto convencional entre dos de sus estados miembros. La OUA puso fin a las hostilidades pero dejó sin resolver la esencia del problema, confirmando el *statu quo*.

poder acercarse a la Unión Soviética, cambio de alianza perturbador en más de un sentido porque aparte de poner en duda el tradicional cuadro ruso-americano ponía en tela de juicio todos los otros equilibrios, ya que la Unión Soviética hasta ese momento había sido por diversos motivos y con diferente empeño un apoyo para aquellos que eran "enemigos" potenciales de Etiopía, o sea Somalia y el nacionalismo eritreo. El recrudecimiento de estas tensiones fue suficiente para hacer resaltar todas las contradicciones.

Es verdad que la *escalation* en curso tiene otra cara. A diferencia de otros procesos revolucionarios militares de África, el etíope —en una sociedad demasiado compleja para que un grupo de pretorianos pueda administrar el poder sin perturbaciones, monopolizando la fuerza y la ideología— se ha caracterizado por su naturaleza vengativa, donde los arreglos de cuentas, los fusilamientos y los asesinatos están a la orden del día. Un contexto semejante es de por sí generador de inestabilidad y ha dado además el pretexto a los países interesados en debilitar a Etiopía para legitimizar sus reservas y sus intervenciones. La evolución cruenta de la revolución motivó incluso la suspensión (en marzo de 1977) de la ayuda militar de Estados Unidos. Esto fue a su vez la causa, si es que el *revirement* no estaba ya maduro, de que Etiopía se realineara del lado de los soviéticos. Por otra parte, la interrupción de las relaciones privilegiadas con los Estados Unidos era la consecuencia obligada de una revolución que aspiraba a seguir la senda del socialismo y del antimperialismo, mientras que el vuelco hacia Moscú, necesario para satisfacer las exigencias militares que Washington ya no cubría, podía ser tanto el coronamiento de una política como una cobertura fácil para hacer olvidar, especialmente ante los ojos de la oposición de izquierda, las convulsiones de un régimen siempre en busca de una coherencia propia.

Las esperanzas, el sentimiento de unidad, incluso el orgullo nacional que fueron propios de la revolución hasta tal punto que se le podría adjudicar el atributo de "gentil" o

“silenciosa” han dado paso a las luchas intestinas, al “terror” y al desfasaje de las instituciones. El síntoma de la decadencia no fue tanto el derrocamiento de Haile Selassie, descontado e inevitable (12 de septiembre de 1974), como la crisis de noviembre del mismo año que culminó con la desfenestración y muerte del primer presidente del Consejo militar administrativo provisorio, general Aman Andom, seguida por la ejecución sumaria de unos sesenta hombres, entre notables del antiguo régimen y militares desviacionistas. Desde ese momento el Derg —como se llama también el CMAP según la palabra amara que significa “comité”— ha atravesado por un proceso de descomposición, incluso dentro de la cúspide del poder. Las crónicas del régimen contienen una larga serie de ejecuciones admitidas oficialmente: generalmente se califica a los condenados de: “reaccionarios, fuera de la ley, bandidos y contrarrevolucionarios”. En julio de 1976 es fusilado, junto a otros hombres del Derg, el mayor Sissay Habte. En febrero de 1977 el segundo presidente del CMAP, general Teferi Bante. El poder de Mengistu, ya en la cúspide, se convierte en poder absoluto cuando en noviembre de 1977 es ejecutado el último “vice”, el coronel Atnafu Abate. Quizás sólo el nasserismo en sus comienzos ha suscitado opiniones tan encontradas: ¿socialismo, militar-fascismo, dictadura de una junta sin rostro?

Una revolución, dos revoluciones, ninguna revolución

Es difícil descifrar la identidad política que se perfila detrás de esta progresión discontinua, aunque es cierto que no se puede hacer un análisis exhaustivo de las diferentes crisis mediante la explicación de los contrastes personales. No es casualidad, por otra parte, que el sangriento proceso de simplificación del Derg haya hecho surgir al teniente coronel Mengistu Haile Mariam, sindicado siempre como el máximo exponente de la corriente radical, allí donde el general Aman Andom y después Teferi Benti eran presentados como moderados. Con frecuencia se recurre al *test*

de Eritrea, dado que Aman Andom era de origen eritreo y que incluso en el caso de Atnafu se habló de un desacuerdo a propósito del caso de Eritrea. La definición ideológica de la revolución etíope se vuelve aún más difícil, especialmente si queremos aplicar los patrones de juicio de la sociología europea y occidental. Como ejemplo de todas las contradicciones citemos la tenaz oposición en contra del Derg por parte del PRPE (Partido Revolucionario del Pueblo Etíope) que echa mano de un análisis y de una terminología marxista y por parte del UDE (Unión Democrática Etíope) que recoge las fuerzas ligadas a los notables del sistema feudal abolido. Una misma convergencia de opuestos se da a nivel internacional con la declaración de guerra contra Etiopía por parte de la socialista Somalia y del Sudán, avanzada de la contrarrevolución en el África Oriental. Nada se adviene menos con la Etiopía del Derg que una imagen centrista.

El calificativo más inmediato para un proceso revolucionario que ha abolido el poder del negus y las estructuras en que éste se basaba es el de "revolución antifeudal". Etiopía no pasó por la experiencia del imperialismo (demasiado breve y superficial pues el período del colonialismo italiano fue más semejante a una ocupación que a una administración) y el sustrato feudal (o tributario según otras clasificaciones)³ ínsito en todos los sistemas africanos tradicionales se ha perpetuado hasta nuestros días sin conocer las mezclas con el capitalismo. Sin embargo, fue el mismo emperador el que puso en marcha las primeras reformas para superar el feudalismo, tanto en el sentido de completar el proceso de centralización del poder como en el de sustituir la vieja oligarquía, la aristocracia militar y agraria, por una clase más ligada a un modo de producción modernizante. Lo anómalo de esta estructura semifeudal —a la que tendió Haile Selassie y la corte en una tentativa última de autodefensa— residía en la disociación entre poder

³ Véase por ejemplo Samir Amin, *Le Tiers Monde dans l'impasse*. Gallimard, París, 1971.

político y poder económico. Aun cuando el emperador, sobre todo después del fallido golpe de estado de 1960, había tratado de canalizar el malestar juvenil abriendo la burocracia y la administración pública a los estudiantes y técnicos, no se les concedió ningún rol político a estos estratos, que podrían definirse acertadamente como una "clase en ascenso".

La revolución iniciada en febrero de 1974 con algunas huelgas y con el amotinamiento de algunas unidades del ejército podría ser la culminación de aquel proceso. Prueba de ello es el desaliento de las fuerzas que dieron origen al movimiento: los sindicatos, los maestros y los estudiantes. La Confederación de sindicatos etíopes, organizada en 1963, fortalecida por una actividad de 10 años y 80 mil miembros, era una asociación sin una base de clase, con un programa corporativo, en la tradición del AFL-CIO, con el cual estaba estrechamente ligada. Los sindicatos que tenían fama de ser más militantes eran aquellos que agrupaban a los empleados o cuellos blancos de sectores modernos y rentados como la banca o las compañías aéreas, donde la *expertise* era una garantía en contra de las represalias del poder. En lo que concierne a los estudiantes, aun cuando faltan datos estadísticos atendibles y aun admitiendo que originalmente no constituían una élite, se transformaron también en un grupo privilegiado gracias a sus diplomas universitarios que les abrían campos bien remunerados en la máquina del estado. Incluso las primeras reivindicaciones de los militares, los cuales se rebelaron coincidiendo con las huelgas y las demostraciones en Addis Abeba, se limitaban a aumentos de salarios y a la rectificación de algunas fallas del servicio.

Los males de Etiopía eran la carestía generalizada en el campo, la inflación en la ciudad, la incapacidad del régimen imperial de ir parejo con los progresos que él mismo, a pesar de todo, había estimulado. Pero los que resintieron la crisis fueron aquellos sectores sociales situados en el punto de convergencia entre el viejo y el nuevo orden donde

las contradicciones eran más vivas y se percibían inmediatamente. Las clases oprimidas estaban excluidas de todo, incluso de la revolución. En muchos aspectos, los militares —a falta de un partido o de una organización que estuviera en condiciones de guiar el movimiento popular (la oposición dice hoy: de frenar el movimiento popular) “las fuerzas armadas deberán salir de los cuarteles para asumir las propias responsabilidades” (esta es la versión oficial)— representaban al régimen, pero en la situación de un país atrasado como lo era la Etiopía de Haile Selassie también lo representaban los técnicos, solidarios con algunos de los reclamos de quienes habían dado inicio a la “revolución tranquila”. La guerra de Eritrea llevada adelante sin convicción por un ejército falto de moral, aumentaba el descontento. El proceso que se daba en el ejército era seguido con particular atención por las fuerzas —internas y externas (¿los Estados Unidos?)— que se habían preocupado por preparar a tiempo una alternativa para el poder declinante del negus. No era difícil darse cuenta de que los militares serían el factor determinante.

Por lo tanto racionalizando al máximo,⁴ se pueden distinguir dos corrientes subterráneas en la revolución, tal como se ha venido desarrollando a partir de 1974. La primera es “simplemente una tentativa de las clases urbanas en ascenso de realinear el sistema político del país con el sistema socioeconómico tendiente a la modernización de la economía”: estas clases —la burguesía empresarial y burocrática pero también los empleados y el mismo proletariado urbano— tenían como característica común el fincar sus raíces y sus privilegios en el sistema económico preexistente. La segunda corriente es “la tentativa de una pequeña élite militar de transformar el sistema socioeconómico del país y, en un segundo momento, desarrollar institucio-

⁴ Tal es la conclusión del ensayo de Marina Ottaway. Clases sociales e intereses corporativos en la revolución etíope en *The Journal of Modern African Studies*, 1976, n. 3, pp. 469-86. Las citas que siguen fueron extraídas de la p. 470.

nes políticas congruentes con la nueva realidad del desarrollo". La segunda corriente ha prevalecido, porque solas las clases urbanas no se han demostrado a la altura de la tarea. Pero la falta de realización de instituciones políticas apropiadas hace tanto más incierto el éxito de todo el proceso. Es significativo que el PRPE, partido marxista, plantee como primer punto de su programa la formación de un gobierno civil y el desarrollo de elecciones libres, sosteniendo que la revolución democrática es una premisa de la revolución socialista y concuerda con las expectativas de las bases sociales —los sectores medios y los intelectuales de la ciudad— de la primera corriente. Es así que la política del PRPE se expone a las acusaciones de "contrarrevolución burguesa" o de "demagogia ultraradical" que le reservan los hombres del Derg, cualquiera sean las intenciones subjetivas de los dirigentes de un partido que ha pagado duramente su oposición a los militares y cuya colaboración ha sido largamente necesaria para salvar la revolución.

En el interior del viejo sistema la dialéctica se daba entre la élite aristocrática y la élite modernizante que se iba imponiendo a la sombra del poder de los militares pero que al momento de gustar de la victoria (esta fase se identifica con el gobierno "constitucional" encabezado por Endelkachew Makonnen, que duró hasta julio de 1974; el gobierno sucesor de Michael Imru fue el preludio de la militarización del poder que sobrevino en septiembre) se encontró haciendo cuentas al lado del poder creciente de los militares empeñados en una revolución diferente. En lugar de un proceso completamente terminado en el sector desarrollado (en otras partes se diría colonial o neocolonial), dirigido hacia la industrialización, hacia el desarrollo en el sentido clásico, hacia el crecimiento de una clase urbana, los militares pensaban abatir el sistema. El salto cualitativo era el anzuelo —increíble audacia en las condiciones de Etiopía y de su milenario régimen de tierras— para las masas campesinas. Los militares no tenían otra elección,

aun sabiendo que aquel desconocimiento de todos los términos medios, al situar el centro de gravedad lejos de la "ciudad" donde habitualmente se advierten y se evalúan los "signos" del poder, habría provocado un principio de disgregación. Un remedio debía ser la campaña de trabajo nacional para el desarrollo a través de la cooperación, conocida más brevemente como *Zemetcha*: fue Teferi Benti el que lanzó la campaña a fines de 1974, confiando a los estudiantes "la antorcha del conocimiento y de la revolución" con el compromiso de llevarla hasta las masas rurales. La campaña convocó a 56,000 personas entre estudiantes y educadores (y no todos volvieron). Por primera vez en la historia de Etiopía el saber era puesto a disposición de los sectores más explotados del país privando del poder a las ciudades, el sector desarrollado. Fue una epopeya de proporciones poco comunes, incluso dramática, un encuentro-desencuentro de civismo, de mentalidad, de mundos que en el pasado no habían tenido muchas ocasiones de entrar en contacto. Coincidiendo con la reforma agraria anunciada el 4 de marzo de 1975,⁵ la *Zemetcha* ayudó a los campesinos a tomar posesión de la tierra, a organizar las cooperativas, a difundir por doquier escuelas, hospitales, centros asistenciales. La revolución y no el mito imperial debía unificar a Etiopía: lucha de clases más alfabetización masiva.

Más que los datos cuantitativos suministrados por el gobierno (basta citar la formación de 21 mil asociaciones que agrupan a 5 millones de campesinos) lo que cuenta es la importancia política de la empresa. La *Zemetcha*, en las intenciones del Derg, debía ser el instrumento para introducir en el marco de la revolución el "corazón duro" de Etiopía, aboliendo el dualismo entre ciudad y campo y haciendo justicia, en resumen, a la estratificación de clases del pasado régimen. La campaña fue interrumpida de improviso y sin justificaciones precisas en julio de 1976. ¿Acaso la

⁵ Algunos textos de la revolución etíope, entre los cuales se hallan las leyes de reforma agraria, han sido publicados en *Politica Internazionale*, 1975, n. 6, pp. 97-108.

Zemetcha se había transformado en un instrumento de movilización de las masas destinado a la larga a desafiar el rol de los militares? ¿Acaso la utilizaron los estudiantes para constituir una base de poder separada del poder militar? ¿O simplemente había alcanzado sus objetivos? Lo único seguro es que la *Zemetcha* aceleró la ruptura entre los estudiantes y el Derg porque muchos estudiantes se pasaron directamente a la clandestinidad,⁶ yendo a engrosar las filas del Partido Revolucionario del Pueblo Etiópe, avanzada de un ala del "movimiento" pero sin embargo siempre a la zaga de cualquier posible revolución.

La reforma agraria se convierte en el elemento capaz de calificar la revolución. Un análisis detallado de ella sería imposible, incluso porque los resultados son demasiado recientes como para prestarse a un juicio y a un balance totalizador.⁷ Lo que también se debe subrayar es el intento no solo punitivo (requisición de latifundios) o distributivo de la reforma (toda la tierra fue nacionalizada y dividida entre los cultivadores formándose cooperativas de productores, con excepción de las modernas fábricas mecanizadas que fueron transformadas en propiedad del estado). La reforma agraria es el comienzo de una nueva etapa, de nuevas relaciones sociales y productivas. No es solamente una medida antifeudal ni una simple reforma de carácter burgués sino un medio para desarrollar una nueva sociedad.⁸ La ley de reforma tomaba en cuenta las tradiciones y las diferencias de gestión de las diversas regiones. Las primeras conclusiones —a parte de las valoraciones puramente cuantitativas, comprometidas por la sequía, por la

⁶ Otro motivo que impulsó a muchos estudiantes a optar por la clandestinidad fue la decisión del gobierno de imponer a todos los participantes de la *Zemetcha* una especie de "ficha de control".

⁷ Véase Paul Prietzke, Reforma agraria en Etiopía Revolucionaria, en *The Journal of Modern African Studies*, 1976, n. 4, pp. 637-60, J. M. Cohen, A. A. Goldsmith y J. W. Mellor, Revolución y reforma agraria en Etiopía, en *Rural Development Occasional Paper*, n. 6, Cornell University, enero, 1976.

⁸ La cita ha sido extraída de Zoltan Gyenge, *Ethiopia on the Road of non capitalist development*, Budapest, 1976, p. 35.

dislocación social, por la destrucción de las redes de transporte— hablan de un éxito notable en el sur donde el latifundio fue totalmente desposeído pero de un fracaso en el norte, donde aún antes existían sistemas de autoridad comunitaria o familiar.⁹ Los “éxitos” de la reforma agraria no son garantía de estabilidad; el carácter esquizofrénico de la revolución etíope podría derivarse de la falta de relaciones personales, sociales y quizás culturales entre el Derg, protagonista de la revolución, y la clase —las masas rurales— que ha sacado más provecho de la revolución. Y en efecto, mientras se trata de favorecer la participación y la movilización, incluso con órganos postizos de base, la revolución muestra el rostro duro de la represión sistemática, injustificada e injustificable, con consecuencias trágicas porque podría derivar en un genocidio de la *intelligentsia*.

Casi coincidiendo con el estancamiento de la reforma agraria, la revolución etíope invocó —en forma general— el socialismo. La proclama “socialista” es de diciembre de 1974. Hasta ese momento el eslogan de la revolución era más bien nacionalista: *Etiopía Tikdem* (Etiopía antes que nada). Se nacionalizaron los sectores claves, desde la banca a las compañías de seguros, las principales industrias y las propiedades inmobiliarias urbanas. Campesinos y trabajadores fueron llamados (¿un llamado maoísta?) a luchar contra tres males: “feudalismo, imperialismo y capitalismo burocrático”. El manifiesto ideológico publicado el 24 de abril de 1976 precisaba mejor el estadio que atravesaba la sociedad etíope —definida como semifeudal y capitalista— en su camino hacia el socialismo: una “revolución democrática y nacional”. El documento reconoce, en la alianza trabajadores-campesinos unida a la pequeña burguesía, el frente revolucionario en contra de la clase feudal, de la burguesía compradora y burocrática y del imperialismo. El

⁹ Véase Michel Stahl, *New Seeds in Old Soil*, informe de investigación n. 40, Uusala, 1977, p. 9. El mismo juicio esquemático es compartido por Johan Holmberg, *Grain Marketing and Land Reform in Ethiopia*, informe de investigación n. 41. Upsala, 1977, p. 88.

subproletariado es un aliado objetivo pero se puede convertir en un instrumento de la reacción. Admitiendo que la vieja oligarquía haya sido desposeída del poder político y económico es aún temprano para decir qué estructura tomará la sociedad etíope, que a pesar de todo se encuentra aún ahora en una etapa de "transición", con un régimen controlado por militares y todavía muy dependiente del mercado capitalista.

Desintegración del Estado y lucha de nacionalidades

Sobre el marco de una difícil y sufrida transformación social se inscribe el problema de las nacionalidades. A la inestabilidad contribuye también la guerrilla del PRPE que siempre ha aspirado a presentarse como un movimiento de dimensiones nacionales. Más tarde pasan a un primer plano las luchas de las minorías. La tradición de anarquía rural-militar de Etiopía, frenada siempre por el absolutismo imperial, favoreció la desintegración. Por otra parte, también en otras revoluciones el pasaje del feudalismo a la modernización (no importa si de manera democrático-burguesa o socialista) ha coincidido con el problema de la explosión de las nacionalidades. En la Etiopía de los años 70 —aparte del caso extremo de Eritrea— el florecimiento de las reivindicaciones regionales o nacionales estaría justificado tanto por la naturaleza multiétnica o incluso multinacional del imperio (aun cuando se ha demostrado brillantemente que la misma existencia de una extensa red de afinidades culturales y de interdependencias ha hecho de la formación del estado imperial un proceso de incorporación creadora)¹⁰ como por la identificación del poder abatido con la élite amara, contra la cual iban los sentimientos de las poblaciones "oprimidas" (entre las cuales sólo los Galla, promovidos objetivamente por la revolución, tienen la poten-

¹⁰ Véase Donald N. Levine, *Greater Ethiopia*. The University of Chicago Press, Chicago, 1974, en particular pp. 40-68.

cialidad y las proporciones, en un sistema que se orienta al centro, para intentar la escalada al poder). Incluso a las venganzas al interior del Derg y al desgaste producido por el terrorismo urbano se ha sumado el fenómeno endémico de las revueltas rurales, más o menos politizadas, dando de Etiopía una imagen desesperada.

Las primeras consecuencias del cambio de régimen en Addis Abeba, como era inevitable, se sintieron en Eritrea, que era un poco la "guerra colonial" de Haile Selassie y que había contribuido no poco a desgastar el régimen. Incluso el motín de las tropas que dio origen al proceso revolucionario se había insinuado en la "provincia" en guerra. Las soluciones drásticas podían ser dos: o el nuevo régimen revolucionario reconocía sin más el derecho nacional del pueblo eritreo (y eventualmente de otros pueblos del imperio, intentando una obra de "nacionalización" de Etiopía) o bien el movimiento eritreo reconocía que la revolución de Addis Abeba satisfacía su propia lucha contra el feudalismo y pasaba a colaborar con el Derg en la construcción de la "nueva" Etiopía, identificándose con la revolución. La primera alternativa [poco verosímil y quizás irrealizable en Etiopía, donde no existe un grupo étnico nacional sobre el cual basar una revolución nacionalista dejando de lado la periferia (como hizo en su tiempo Mustafa Kemal edificando la nación turca en el momento de la desaparición del imperio otomano), a menos que se tuviera en cuenta a la misma casta amara-sciona contra la cual, por otro lado, iba dirigida la revolución] pierde su vigencia en cuanto se lanza el slogan *Etiopía Tikdem*. La segunda se frustró cuando los frentes de liberación eritrea, después de una tregua inicial entre fines del año 1974 y principios de 1975 y luego a comienzos de 1976, desencadenaron una ofensiva generalizada, sin que el Derg lograra expresar una política auténticamente respetuosa de los principios de autonomía.

Los análisis de que parte el más antiguo de los movimientos independentistas eritreos, el FLE (Frente de Li-

beración Eritreo) se basan en un supuesto: en la historia existe una continuidad ininterrumpida, político-estatal además de étnico-cultural, de una entidad que corresponde a la Eritrea actual. El pueblo eritreo, dotado de una lengua e instituciones propias, habría fortalecido su individualidad resistiendo a toda una serie de dominaciones extranjeras, absorbiendo por cuenta propia influencias diversas, debido a su posición en un cruce de tráfico y corrientes de civilización. Este argumento es, por lo menos, dudoso porque la Eritrea, con otros nombres, formaba parte seguramente del reino de Axum al cual se remonta la tradición dinástica de Etiopía, mientras que en todo el abanico de la consolidación del imperio etíope es difícil distinguir para Eritrea una suerte diferente de la de otras provincias y más que nada de Tigre con la cual Eritrea tiene mayores afinidades, especialmente en la región de las tierras altas. Tampoco tiene valor el argumento —al que sin embargo se recurre— de una Eritrea musulmana en contra de la Etiopía cristiana porque si bien es verdad que el *establishment* etíope se ha identificado durante siglos con la iglesia copta, el Islam ha cumplido una función no menos valiosa de enriquecimiento cultural y de organización estatal, en un entrelazamiento de poblaciones y de influencias que todavía es difícil escindir. De hecho junto al FLE, más sensible a la influencia árabe-musulmana, actúa en la misma Eritrea un movimiento, el FPLE (Frente Popular de Liberación Eritrea), que tendría más bien una base cristiana y una ideología marxista.

Sin embargo, la controversia "histórica" podría también parecer superflua ya que ha sido el colonialismo italiano el que confirió a Eritrea su configuración específica y en otras circunstancias el colonialismo se ha entendido en África como un criterio degradado pero legitimizador de la conformación de los estados. Si bien es verdad que Eritrea siempre fue considerada por Italia como una base para atacar y conquistar Etiopía (el mismo emperador de Etiopía fue el que reconoció en 1889 la soberanía italiana "so-

bre las posesiones italianas en la Costa del Mar Rojo" que en 1890 tomaron justamente el nombre de colonia de Eritrea) y que después de la formación del imperio Eritrea fue anexada a Tigre como una provincia de la región más amplia del África oriental italiana, es verdad también que Eritrea conservó una especificidad propia, tanto por la intensidad mayor de la colonización como por su mayor desarrollo económico y social. La política territorial de Italia, más aún que las inversiones industriales y las medidas destinadas a promover la educación, debía alterar las características de la formación estatal negusiana, creando una trama económico-social que hubiera hecho difícil la reinsertión de Eritrea en el imperio etíope. Aun cuando a fines de la guerra Eritrea tuvo un tratamiento separado respecto a Etiopía, tanto que sobre ella, a diferencia de Etiopía que recuperó su independencia en 1941 mediante sus victorias bélicas, se pronunció la ONU como lo hizo en el caso de las otras posesiones italianas en África.

La solución, como se sabe, fue de compromiso entre las posiciones unionistas (con Etiopía) e independentistas, descartándose solamente la tesis de una repartición entre Sudán y Etiopía, que sin embargo estaba adelantada. Los Estados Unidos y los gobiernos occidentales ligados a Etiopía estaban por la unión y los estados socialistas por la aplicación del principio de autodeterminación. La ONU (resolución del 2 de diciembre de 1950) decidió establecer un pacto federal entre Eritrea, dotada de una amplia autonomía interna con una constitución y órganos propios de gobierno, y Etiopía, a la que le estarían reservados los asuntos del exterior, la defensa y las finanzas. La terminología empleada era ambigua porque se hablaba de "unidad autónoma federada" y al mismo tiempo de estado pero por otra parte se daba a Eritrea instituciones propias de un estado soberano (por ejemplo una constitución) y para mejor "según los principios del gobierno democrático".

La constitución de Eritrea entró en vigor en 1952. Se inició rápidamente una pugna que se prolongó durante diez

años, entre Eritrea que presionaba para aumentar su autonomía y Etiopía que trataba de desnacionalizar a Eritrea integrándola al imperio, hasta que en 1962 en un acto de fuerza disfrazado de voto en la Asamblea Legislativa de Asmara, Etiopía decretó la incorporación lisa y llana de Eritrea como provincia.

Es en este proceso que se encuadró la guerra de liberación del FLE que durante mucho tiempo —y detrás del objetivo máximo de la independencia— reivindicó por lo menos la restauración del status decidido por la ONU, aunque más no fuera por ser coherentes con la acusación al negus de haber violado el derecho internacional. Sin embargo, la reivindicación del derecho a la autodeterminación fue más allá. El pueblo eritreo pretende asimilarse a otros pueblos africanos en lucha por la propia "independencia" —si bien su lucha se desarrolla dentro de los límites de un estado africano— jugando con el hecho de que en la misma historia de Etiopía (integrada dentro de las estructuras modernas a caballo entre el siglo XIX y XX, en forma sincrónica con las grandes maniobras de las potencias europeas para la repartición de África) las relaciones entre nacionalismo e imperialismo no estarían claras. Si bien es impropio equiparar la formación del imperio etíope en época de Menelik II con la expansión de tipo colonial de los estados europeos del mismo período, tiene más fundamento la tesis —aparte de la existencia de un *background* cultural común del que ya se ha hablado— de quienes ven en la "conquista" el sometimiento rígido de las poblaciones "oprimidas" por la "formación de un colonialismo militar feudal".¹¹ A este argumento se remitía también Somalia para reivindicar el Haud-Ogaden, pero en su contra se vuelve la línea que hizo suya a UOA de no poner en discusión los límites de los estados africanos. Esto explica, aunque el FLE aduzca que Eitrea no formaba parte de Etiopía en el momento de la descolonización (lo mismo se podría re-

¹¹ Addis Hiwet, Etiopía, de la autocracia a la revolución, publicación de la *Review of African Political Economy*; Londres, 1975, p. 49.

petir, aunque en un contexto no del todo idéntico, para el Ogaden) la actitud de la mayoría de los estados africanos, hostiles al movimiento eritreo, el cual no ha logrado obtener una audiencia en la sede de la OUA.

A las reivindicaciones nacionalistas se suma una lucha más propiamente política. El FLE y sobre todo el FPLE han reforzado la guerra de liberación con un programa anti-feudal, revolucionario y antimperialista, que se adaptaba bien a las condiciones de la Etiopía de Hiaile Selassie, encontrando alianzas inadecuadas con las fuerzas progresistas de la misma Etiopía. El movimiento eritreo se convierte en un cierto sentido en una vanguardia revolucionaria. Pero aquí está la contradicción no resuelta: ¿se trataba de una fuerza revolucionaria para Eritrea únicamente o para toda Etiopía? Si el marco de referencia era Eritrea ¿acaso el movimiento no se reducía a una reivindicación de independencia a favor de una burguesía nacional frustrada por las estructuradas opresivas de un imperio feudal o semifeudal? Por eso, salvo para los gobiernos árabes del Medio Oriente y en menor tono de África, interesados en proteger la parte de la población eritrea de fe islámica y cultura árabe, son válidas las sospechas que se han merecido todos los movimientos secesionistas en África a partir de 1960, debido al riesgo de una desintegración general y de una instrumentalización por parte de potencias terceras. Si en lugar de eso el marco de referencia era Etiopía era necesario que el movimiento revaluase sus pretensiones y que a la vez conformara su programa a las exigencias generales del resto del imperio.

De hecho el movimiento en Eritrea, vencedor militar y políticamente, se vino a encontrar en las condiciones de quien ha dado el golpe de gracia a la credibilidad y al poder del gobierno del negus, sin poder aprovechar —por lo menos a corto plazo— los beneficios y con la perspectiva, por el contrario, de sufrir los contragolpes porque el gobierno de Addis Abeba, amenazado por la multiplicación de los señores de la guerra en las diferentes regiones está menos

dispuesto que nunca a hacer concesiones.¹² El gobierno moderado, por sus aspiraciones "nacionalistas", no se le mostraba favorable. Y tampoco lo es el gobierno extremista porque es, ante todo, duro e intransigente al punto de movilizar a los campesinos en una especie de "milicia roja" para exterminar de una vez por todas los movimientos rebeldes, separatistas e independentistas y sobre todo la guerra reaccionaria de la Unión Democrática Etíope, la guerra de liberación de los eritreos y también los movimientos de Tigre, Gijjam, Gondar y sobre todo Ogaden, que durante largo tiempo amenazaron la suerte del régimen e incluso la supervivencia de Etiopía.

La "diplomacia" del FLE siempre ha estado dominada por la relación preferencial con los gobiernos árabes. Se pretende que el desplazamiento del "centro de gravedad" de El Cairo y de Damasco y por lo tanto del "radicalismo" hacia Ryad ha contaminado el significado de la lucha del Frente. Sin embargo, por lo menos el Frente Popular habría conservado intacta su vocación revolucionaria, no sintiendo las influencias de la evolución moderada y habría diversificado sus alianzas hacia direcciones menos sospechosas. La "instrumentalización" se hace más clara si se piensa en las funciones que ha asumido Sudán —santuario declarado del FLE pero por analogía protector de la lucha del pueblo eritreo sin distinción de frentes— donde el presidente sudanés Numeiri ha sido formalmente investido por Egipto y por otros países árabes conservadores con un rol que se puede definir como de *containment* si no de *roll-back* de las experiencias revolucionarias.

Las contradicciones en la relación Etiopía-Somalia

Si el enfrentamiento Sudán-Etiopía que se delinea detrás de la guerra en Eritrea tiene una explicación ideológica

¹² El programa del Derg para resolver el problema de Eritrea fue publicado en mayo de 1976. El mismo reconoce la autodecisión para los eritreos pero la restringe a la autonomía interna, ya ofrecida y rechazada por los combatientes de ambos frentes.

dada la alineación respectiva de los regímenes, la confrontación Etiopía-Somalia, alimentada a su vez por una guerra separatista en Ogaden, no se concilia con las declaraciones políticas y con las alianzas internacionales. La contradicción no se limita, por otra parte, al escenario africano porque involucra a la Unión Soviética. Habiéndose desembarazado de su pasado compromiso con el FPLE (el más revolucionario de los dos frentes eritreos) que había tenido el apoyo de muchos partidos comunistas europeos, la Unión Soviética se encontró en la situación de tener que escoger entre Somalia, desde hacía tiempo plataforma importante de la política de Moscú en África, y Etiopía, al punto de tener que efectuar un pasaje de campo. La Unión Soviética trató de no escoger, cultivando las relaciones con ambos países, pero si no Etiopía, al menos Somalia se opuso al "condominio" llegando de hecho a la ruptura que coincidió con la ofensiva máxima en Ogaden a fines de 1977.

La reivindicación somalí frente a Etiopía entra dentro del programa del "pansomalismo". En virtud de su carácter lingüística y culturalmente compacto, el pueblo somalí se opone al principio "antirevisionista" de la OUA y pretende la reunificación de todo el pueblo somalí en un estado único: el precedente establecido por la fusión exitosa entre la ex-Somalia italiana y el Somaliland británico es una especie de legitimación *a priori* de las reclamaciones, frente a la incapacidad de otros pueblos de reconstruir una unidad quebrada por el colonialismo. Pero también viven poblaciones somalíes en Jibuti (independizado recientemente) en el distrito nor-oriental de Kenya y en el Ogaden etíope (un millón de somalíes en un territorio semidesértico que corresponde sin embargo a un quinto del territorio etíope). La población somalí es, por tradición, nómada y la transhumancia por naturaleza no hace caso de límites. Esto refuerza el sentimiento unitario del pueblo somalí y facilita los intercambios aún en las condiciones presentes de división. Mientras que los que están a favor del *statu quo* argumentan que es justamente el nomadismo lo que llevó

a los somalíes a ocupar, más o menos precariamente, territorios lejos de la soberanía somalí, Mogadiscio recuerda que los tratados que fijaron los límites actuales fueron firmados indebidamente por las potencias coloniales, a veces incluso en época postcolonial (el Ogaden estuvo bajo ocupación militar inglesa durante algunos años después de la Segunda guerra mundial, antes de ser asignado o restituido a Etiopía).

El hecho de que las reivindicaciones del "pansomalismo" hayan asumido con el tiempo posibles implicaciones revolucionarias o anticolonialistas (porque se rebela contra un estado feudal como la Etiopía del negus o contra Francia) no impide que su razón de ser primaria fuera el nacionalismo somalí. Incluso el gobierno militar socialista, llegado al poder en 1969, mantiene firme esas reivindicaciones. Pero el nacionalismo del régimen de Siad Barre era "nuevo" por dos razones, porque dirigía sus esfuerzos hacia objetivos "internos" a la nación tal como estaba constituida y porque las relaciones —ya a nivel institucional— entre gobierno y población eran diferentes. Si el irredentismo podía ser un desahogo necesario en una situación de baja movilización y de baja o nula participación (como en tiempos del gobierno civil) aquellos motivos perdían, totalmente o en parte, su funcionalidad en un sistema que involucraba todas las clases en un amplio esfuerzo de desarrollo y de transformación social.

Más allá de la naturaleza de los regímenes intervienen los condicionamientos del sistema de alianzas. Mientras que Etiopía se mantuvo firme bajo la protección de los Estados Unidos,¹³ Somalia, apenas le fue posible y después de ver rechazado por las potencias occidentales su pedido de ayuda militar (incluso por Italia, a pesar de su tradición filiosomalí), se volvió a Moscú, ya durante el gobierno con-

¹³ En este sentido véase por ejemplo el artículo de Robert A. Manning en el *Manchester Guardian Weekly* de octubre de 1977. Desmiente esta tesis el extenso artículo de Raymon L. Thurston, Los Estados Unidos, Somalia y la Crisis en el Cuerno de África en *Horn of Africa*, abril-junio, 1978, pp. 11-20 y en particular p. 17.

servador de la Liga de Jóvenes Somalíes. El vínculo Moscú-Mogadiscio se hace más estrecho después del golpe de estado revolucionario en 1969 y de la consecuente opción socialista del régimen militar (muchos de cuyos miembros habían sido adiestrados en Moscú). La coincidencia ideológica y los intereses estratégicos eran inseparables, si bien es verdad que la Unión Soviética obtuvo importantes *facilities* para su propia flota en la base naval de Berbera. El alejamiento de Somalia de la Unión Soviética terminó por tener doble importancia política y militar, en parte porque los países árabes presionaban desde hacía tiempo a Somalia para que abandonase una experiencia mal vista por las centrales de la Liga y en parte porque Somalia se sintió amenazada por la transferencia de los "consejeros" soviéticos a Etiopía.

En el transcurso de sus misiones a África en 1977 tanto Castro como Podgorni se empeñaron en lograr una conciliación entre los dos estados mayores del Cuerno, llegando a proponer, aunque sin éxito, una "federación" entre los estados socialistas del Mar Rojo (Somalia, Etiopía y Yemen del Sur). Fuentes inglesas difundieron la noticia, desmentida sobre todo por el presidente somalí Siad Barre, de un acuerdo patrocinado por Moscú que incluía la renuncia de Etiopía a Ogaden y a una parte o a la totalidad de Eritrea, con lo cual Eritrea, bajo un gobierno progresista controlado por el Frente Popular, se hubiera alineado a las posiciones socialistas y prosoviéticas del bloque. De hecho la polémica entre Addis Abeba y Mogadiscio fue en aumento. La guerra en Eritrea siguió abriendo abismos cada vez más infranqueables. Las acciones militares del Frente de Liberación de Somalia Occidental en Ogaden crecieron en intensidad poniendo seriamente en peligro la integridad de Etiopía en esa región. En este contexto sobreviene la decisión de Mogadiscio de enviar tropas regulares somalíes a Etiopía (verano, 1977) las cuales llegaron hasta Harrar. ¿Acaso el gobierno somalí fue engañado por una falsa "promesa" de los Estados Unidos?¹⁴ ¿O fue la ofen-

siva el producto de una crisis de confianza al interior del grupo dirigente reunido en torno a Siad Barre? Por las implicaciones que inevitablemente tenía (aunque justificado, es cierto que el "nacionalismo" agresivo era propiciado por las fuerzas de derecha), la desconfianza contra Etiopía se vuelve parte de una política más general que pone en discusión todo, tanto el socialismo como la posición internacional de Somalia (comenzando con las relaciones privilegiadas con la Unión Soviética). Y de hecho Siad Barre se preocupó después de la derrota (la contraofensiva victoriosa de Etiopía se desencadenó en marzo de 1978 con la ayuda determinante de la Unión Soviética y Cuba) por salvar los que han sido principios claves de la revolución. A hacer más tirantes las relaciones contribuyó también la suerte de Jibuti, que llegó a la independencia bajo un gobierno prosomalí (controlado por la etnia Issa, que tiene una ligera mayoría sobre los Afar de raíz danaquilí y por lo tanto proetíopes) después de que Francia, no se sabe bien con cuánta responsabilidad había protegido largamente una clase dirigente antisomalí.

Un conflicto en varios frentes

Una vez admitido que la revolución etíope fue la que desencadenó el proceso de desestabilización del Cuerno, debido tanto al despliegue de las reivindicaciones nacionales en el interior del imperio como a las interferencias de terceras potencias en aquel proceso de por sí problemático y controvertido, hay que reconocer la dificultad de recomponer el cuadro por simples vías diplomáticas. Por otra parte faltaba una potencia que estuviera dispuesta a asumir semejante compromiso. Podría haber sido la Unión Soviética, y ciertamente Breznev lo intentó en esta delicada fase de la política soviética en África, pero lo irreductible del enfrentamiento somalí-etíope y la misma "falta de solución" de la cuestión eritrea podían hacer fracasar todas las tentativas. En cuanto a los Estados Unidos, después de haber

dado la impresión de querer apoyar a Somalia y sus aliados en contra de Etiopía, ha hecho del retiro de las fuerzas somalíes del Ogaden una condición previa a todas sus proposiciones pero podrían tener en perspectiva una evolución del tipo "egipcio" ofreciéndose, una vez superada la situación de emergencia, a Etiopía como sustituto de la Unión Soviética en cuanto que fuente de ayuda y de tecnología y hasta de un "plan de paz".

Por otra parte si bien mucho dependerá finalmente del curso de la revolución del Derg, que puede radicalizar poco a poco la opción al socialismo pero que también puede estabilizarse en favor de la burocracia militar que ha aplastado a la vieja clase dirigente, los conflictos "territoriales" tienen connotaciones objetivas. Esto es verdad en el caso de las relaciones entre Etiopía y Somalia. Es verdad en el caso de la lucha de liberación en Eritrea que tampoco puede prescindir de una solución política.¹⁵ También lo es en el caso de la preocupación de Etiopía de no perder el acceso al mar, una de las constantes de su historia secular. En teoría, los realineamientos transformarían los términos de las alianzas pero no pondrían fin al problema en cuestión, cuyas reales implicaciones hemos visto.

Todas las revoluciones que tienen como marco una situación "imperial" aspiran a respetar los derechos de las "nacionalidades". En la prevista "desintegración" que sucedió a Haile Selassie estaba presente este elemento. En el caso etíope no parece verosímil una evolución que pu-

¹⁴ En julio de 1978 comenzó la avanzada de las tropas etíopes en Eritrea, con la conquista de muchas ciudades hacía tiempo ocupadas por las fuerzas del FLE y del FPLE. Una propuesta de los frentes eritreos de abrir las negociaciones sin condiciones previas (hasta ese momento siempre habían puesto como condición de una negociación la aceptación por parte de Etiopía del derecho de Eritrea a la independencia) cayó en el vacío. Lo mismo puede decirse de la insistencia de los aliados de Etiopía (ni la Unión Soviética ni Cuba habían querido comprometerse abiertamente en el plano militar en Eritrea como sucedió en Ogaden, haciendo distinción entre ambas situaciones) y de las numerosas tentativas de mediación de los gobiernos africanos. Por otra parte no se puede pasar por alto que el gobierno de Addis Abeba pensó en la "solución militar" no como fin en sí sino como medio para mejorar su posición contractual ante una negociación.

diera definirse como kemalista, mientras que el precedente soviético es ambiguo ya que el derecho de secesión de las diferentes repúblicas ha permanecido en la palabra. Pero la cuestión nacional es un *test* a partir del cual debe evaluarse la revolución etíope, en términos políticos y no militares. Entre las fuerzas que dan batalla en Etiopía el Partido Revolucionario del Pueblo Etíope habría aceptado formalmente el derecho a la autodeterminación de todas las naciones que cohabitan en el ex-imperio de Haile Selassie, pero una afirmación semejante formaba parte también del programa del Movimiento Socialista Panetíope, el cual ha colaborado con el Derg asegurándole una cobertura política marxista. La realidad es que, especialmente en el contexto africano y frente a reivindicaciones que son de tipo nacional pero que cuentan con el apoyo de estados rivales, el principio abstracto se debe adaptar necesariamente a las exigencias más concretas de la autoconservación. A la larga también la defensa de los derechos de los eritreos o de los Issa somalíes o del Ogaden por parte de Somalia, de Sudán o de cualquier otro gobierno se vuelve menos abstracta, porque esa defensa ya no puede ser distinta de las consecuencias políticas generales que suscita, sobre todo en Etiopía, pero más en general en la gran partida que de hecho se juega en toda África, por lo menos a partir de la guerra en Angola de 1975, para tratar de imprimir un vuelco definitivo a una independencia que sigue siendo nominal aún después de aquel 1960 que la retórica oficial celebró durante largo tiempo como el año de África.